

Carta de Jesús a sus padres...

Queridos papá y mamá: Desde que salí de Nazaret ha pasado casi medio año. Sé que estáis preocupados por mí. Me encuentro bien, aunque no me he casado ni me he comprado una casa. Ahora vivo en Cafarnaúm, junto al lago, con la familia de un amigo mío que se llama Pedro. Bueno, en realidad, estamos continuamente moviéndonos de un sitio para otro. Os envió esta carta con uno de mis amigos para que sepáis cómo estoy. Me he enterado de que algunos de nuestra parentela creen que estoy medio loco o, por lo menos, un poco desquiciado. Me parece que voy a seguir dándoles bastantes motivos para que sigan pensando así. Sí creían que me iba a quedar toda la vida en Nazaret haciendo lo que todos hacen, van listos. Papá, mamá, quiero deciros algunas cosas que veo más ahora que no estoy con vosotros. Durante este tiempo he conocido de cerca a algunas familias de mis amigos y a otras muchas que viven en los pueblos que hay en torno al lago. ¡Si pudierais ver cuántos parecidos y cuántas diferencias! Algunos padres están empeñados en que sus hijos hagan exactamente lo mismo que ellos han hecho. Quieren que sean como fotocopias suyas y no les permiten lo más mínimo pasarse de la raya. Otros, por el contrario, aspiran a que sus hijos sean mucho más que ellos y les meten en la cabeza ideas exageradas. Planifican la vida de sus hijos y luego se enfadan si las cosas no salen como ellos habían soñado. Total, que muchos padres son verdaderos expertos en ser infelices ellos y en hacer infelices a los suyos. Algunos rabinos se empeñan en decir una y otra vez que la familia es la base de la sociedad y que si la familia va bien todo irá bien. Quieren que todo gire en torno al hogar y no hacen más que dar consejos a los hijos para que sean respetuosos y sumisos. No es que yo esté en contra de esto, pero me da la impresión de que no entienden que la familia de Dios es más grande que la personas que viven en una casa. Y, de vez en cuando, me echan en cara mi desapego de vosotros. Viendo estas cosas, cada día os quiero más. De ti, papá, he aprendido, no sólo a intentar hacer las cosas bien, sino también a dejar que Dios haga su voluntad por encima de la mía. A menudo me sorprende con algunas reacciones que son calcadas de las tuyas, incluso con algunos «tics». Creo, por ejemplo, que la sensibilidad para estar cerca de los que sufren me viene de ti. Y quizá también la fidelidad a la palabra dada y la manera de mirar. Y hasta puede que la forma campechana de decir \"buenos días\" a la gente que me encuentro por la calle. De ti, mamá, no sé qué pensar. Hemos pasado tantas horas juntos que algunos que nos conocen a los dos dicen que soy un vivo retrato tuyo. Si no hubiera sido por ti, yo no hubiera aprendido a sonreír, a llamar a Dios \"Papá\" y también \"Mamá\", a mirar el futuro con esperanza. Contigo y con papá he aprendido a ser yo mismo y a descubrir la voluntad de Dios sobre mí durante todos los años que hemos pasado juntos. Eso no lo podré olvidar jamás. En este sentido, yo soy el resultado de vuestro amor y de vuestra manera profunda y discreta de aceptarme como soy. No sé cómo agradecereros todo lo que me habéis querido. De vez en cuando siento un poco de nostalgia de los atardeceres de Nazaret, cuando hablábamos los tres durante la cena. Sé que mi decisión de venirme aquí os sorprende. Quisierais entenderla más de lo que, de hecho, la entendéis. Por eso os quiero más, porque no es nada sencillo amar cuando las personas no son como queremos que sean. Que me hayáis alimentado y educado tiene mucha importancia, pero no es lo principal en la

vida. He conocido a algunos hombres y mujeres que han traído hijos al mundo y que -según ellos- se han matado por educarlos y, sin embargo, nunca han sabido quererlos de verdad, nunca les han ayudado a ser ellos mismos. ¿De qué sirve que les paguen la escuela rabínica y unas vacaciones en Cesarea marítima si nunca se han puesto a escuchar lo que verdaderamente necesitan y quieren? Vosotros no habéis sido así, aunque no hayáis logrado entender todo lo mío. Yo, papá y mamá, en cierto sentido, he roto con vosotros. Y con el resto de nuestra familia. Y con Nazaret. Os lo digo con franqueza. No quiero engañaros. Creo que vosotros no sois lo más importante a los ojos de Dios. Más aún, creo que sólo rompiendo estos lazos podemos empezar a ser familia de otra manera. Sin ataduras, sin exclusivismos, sin dependencias. Una familia que anticipe, en miniatura, el reinado del Padre y que prepare para él. Diciendo estas cosas puedo escandalizaros. Soy consciente de que no soy un hijo ejemplar como sueñan la mayoría de los padres. No soy un modelo para los jóvenes de hoy. Yo no voy diciendo por ahí que lo más importante es ser obedientes y sumisos. Lo que digo, porque lo siento así, es que Dios es más grande que la familia y que la patria y que la cultura. Y, como os he antes, más de un rabino me ha echado en cara que con estas ideas voy a echar a perder la sociedad. Nada más, José y María (dejadme que os llame por vuestro nombre). No sé si algún día alguien os recriminará por la "mala" educación que me habéis dado. No sé tampoco los disgustos que os podré dar en el futuro. Sé que, aunque no podamos entenderlo todo, aunque muchas cosas nos sorprendan y hasta nos duelan, voso tros guardáis todo esto en el corazón y confiáis, como yo, en que el Padre un día nos ayudará a entenderlo todo. Recibid un abrazo de vuestro hijo que, cuanto más se separa, más os quiere.

Jesús

Gonzalo Fernandez Sanz cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/carta-de-jesus-a-sus-padres